

nes. En la primera parte de *La dona que es va perdre* la autora hace y deshace: el lenguaje y el estilo crean la verosimilitud. De pronto, mientras Alicia enjuaga los cubiertos, dos tenedores bromean entre ellos: la chica los fulmina con la mirada. Marina Espasa introduce una figura que tiene mucha gracia: el autor omnisciente bromista. Los deslices cotidianos de la chica, pequeñas alucinaciones que definen su carácter, dejan paso a la fantasía total, que suplanta la realidad. Las primeras páginas tienen una inventiva muy original: lo bien que les sienta a Artur y Júlia realizar sus fantasías en el otro sexo; cuando van al Primavera Sound, Alicia pierde la noción de las cosas, se hace amiga de una chica que vende drogas y ve como esta se estira y se encoge como si fuera de goma. Y el final de esta primera parte, que es magnífica: Alicia entra en la pantalla (dan *La rosa púrpura del Cairo*), se sumerge en el mar, ve un mundo de algas y plásticos, y al final resulta que ha muerto. ¡Está todo tan bien escrito! La historia se despliega en forma de cuadros entrelazados: ¡son tan buenos los finales de estos cuadros!

Marina Espasa ha sido colaboradora de los programas de libros *Saló de lectura* y *L'hora del lector*. Cuando BTV decidió cerrar el *Saló de lectura* soltó un discurso sobre la televisión pública que triunfó en

Una alegoría desnuda la incertidumbre y las insatisfacciones de los que rondan los cuarenta años

internet. La novela respira el mismo aire guerrero.

Después de cien páginas luminosas *La dona que es va perdre* se abisma en un interior ciego, gobernado por topes fascistas que quieren zamparse a nuestros políticos de opereta. Marina Espasa recrea un mundo de rondalla, en el que los objetos simbólicos son un pelotón de hilos de un cesto de costura o el Fiat Uno de la abuela. En la tercera parte Alicia pasa de tener treinta y cinco años a tener cuarenta y cinco, está casada con Pere, tiene dos hijos y no puede asumirlo. Nos gustaría poder recuperar la magia de los primeros episodios, cuando descubría el amor del chico de las gafas de pasta y el chaval, en el servicio, sacaba el corazón de la cartera y se lo tragaba de un bocado. Esta parte final tiene un tomo melancólico, con esquivas de humor negro: la descripción de la decadencia de las Galeríes Maldà o el anticipo de cómo serán las cosas dentro de nada, con los arquitectos sin trabajo viviendo de okupas en los edificios que ellos mismos proyectaron. Si el mundo conocido se descompone que nos deje al menos buenas novelas. |

Luigi Pirandello

Cuentos para un año
Traducción de Marielena de Chiara y revisión literaria de Jorge Carrión

NÓRDICA LIBROS
2.300 PÁGINAS
59,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Recuerdo la vez en que Montse Roig me dejó atónito. Su ilusión, dijo, era que algún medio de comunicación le propusiera escribir no ya un artículo sino un cuento diario. Aceptaría encantada. ¡Qué horror! Acabamos hablando de Luigi Pirandello (Agrigento, Sicilia, 1867-Roma, 1936) que había recopilado todos sus cuentos –en veinticuatro volúmenes– bajo el título de *Cuentos para un año* (*Novelle per un anno*). Lo cierto es que Pirandello deseaba llegar a los 365 cuentos, pero se interpuso una pulmonía que lo llevó a la muerte y solo pudo concluir 215.

Ahora se publican por primera vez completos esos *Cuentos para un año*, cuidadosamente impresos por Nórdica en 2.300 páginas. Un acontecimiento ejemplar en este tiempo de rebajas que hubiera hecho feliz a Josep Pla. Es sabido que el de Llofríu sentía debilidad por Montaigne y también por Pirandello,

a quien situaba, en particular los relatos del maestro siciliano –premiado con el Nobel en 1934–, entre Proust y Joyce. Un criterio en cierto modo discutible. ¿No hubiera sido más acertado colocarlo en la línea sucesoria de Chejov y vinculado con el verismo de Giovanni Verga? Eso no altera el valor de la obra de Pirandello. Ocupa un lugar preferente en mi memoria de lector su novela clásica –me temo que tal vez descatalogada– *El difunto Matias Pascal* (*Il fu Mattia Pascal*, 1904), en la que jugaba muy hábilmente con la problemática identidad y la doble muerte del personaje reflejada en espejos que fundían lo real y lo ficticio. Lo cierto es que en vida el prestigio internacional del dramaturgo, autor de piezas que si bien aquí ya no se representen –ignoro por qué– siguen resultando fascinantes como *Seis personajes en busca de autor* (1921), *Cada cual a su manera* (1924) y *Esta noche se improvisa*

(1930), difuminó en parte al narrador aunque su teatro se nutra de los cuentos. Veán sino el último del tercer volumen, *Coloquios con los personajes*, una estupendo relación autobiográfica que se identifica con la estructura y temática de *Seis personajes en busca de su autor*.

Me atrae que Pirandello se confesara presionado por sus criaturas, que le exigían que las creara para así poder vivir en la ficción. Pocos autores han expresado de manera tan llana el choque entre vida y literatura, realidad y arte. En una carta de 1888, el Pirandello posromántico y realista se sinceraba ante su hermana: “Yo vivo por la alegría de ver narrar la vida desde mis páginas, extrayéndolas de mi cuerpo, de mi sangre, de mi carne, de mi cerebro. Es un trabajo constante de destrucción para crear”. De manera que todo cuanto Pirandello fue, cuanto vivió desde su Agrigento natal, pasando por la Universidad de Bonn, hasta al-

Los cuentos hay que leerlos sin un orden, uno aquí y otro allá, dejándose llevar por el olfato de la intuición

canzar la consagración universal y ser disueltas sus cenizas en la atmósfera romana; cuanto pensó, sintió y experimentó él que decía ser “hijo del Caos” –según el nada alegórico– durante casi setenta años de vida, todo se encuentra encapsulado en esos 215 cuentos que configuran los paisajes interiores de una auténtica geografía personal.

Los cuentos hay que leerlos sin un orden de prelación, uno aquí y otro allá, buscando que la sorpresa salte donde menos se espera, dejándose llevar por el olfato de la intuición. Sin conocerlos del primero al último, no me atrevo a destacar uno, ni media docena. Sin embargo, eso sí, llevo algunos incrustados en el recuerdo: *Candelora*, *El viaje*, *La luz de la otra casa*, *El tren ha silbado...* Tampoco me decido a escribir sobre el interés pirandelliano por los conflictos del individuo al margen de sus condicionantes sociales. Lo que importa ahora mismo es que sus cuentos sean degustados con placer porque sencillamente –aparte de legitimar el loable esfuerzo editorial– la obra narrativa (y la dramática) de Luigi Pirandello sigue siendo de primer rango literario, o sea, perdurable. |



Luigi Pirandello

GETESONLINE